

*Ideas de José Antonio Saco sobre la incorporación
de Cuba en los Estados Unidos
(París, noviembre de 1848)*

ROSA SEVILLANO CASTILLO
Archivo Histórico Nacional

José Antonio Saco (1797-1879) (Bayamo-Barcelona). Escritor y político cubano, encabezó el movimiento reformista, precursor del separatismo. Alumno muy destacado del padre Félix Varela le substituyó en 1822 en la cátedra de Filosofía Política, especialmente dedicada al tema de la Constitución durante el trienio liberal (1820-1823). En este último año, al producirse la reacción absolutista, tuvieron que marchar los dos a Estados Unidos. Saco estuvo primero en Filadelfia y más tarde en Nueva York.

El más grande y vigoroso de los polemistas que ha producido Cuba. Sus divergencias con la Academia Cubana de Literatura motivaron su destierro a España, hacia donde salió el 13 de septiembre de 1834, ya que el Gobernador de Cuba, General Tacón, que se esforzaba en pacificar y organizar la isla, veía en Saco un posible origen de desórdenes.

En Madrid formó parte del Club de los Habaneros y se lanzó abiertamente a la propaganda reformista, hallando facilidades para ello, lo mismo que ocurrió a otros disconformes antillanos que desterrados a la Península podían actuar en ella con más comodidad que en ultramar.

Una segunda etapa de su actividad se inició en 1848 al comenzar las propagandas anexionistas que aspiraban a integrar Cuba en los EE.UU. Enemigo tenaz de las tendencias anexionistas —del anexionismo esclavista sobre todo— rehusó el cargo de redactor de *La Verdad*, periódico publicado en Nueva York favorable al anexionismo.

Saco quiso que sobre la losa que cubriera sus despojos mortales se colocara este significativo epitafio: «Aquí yace José Antonio Saco, que no fue anexionista, porque fue más cubano que todos los anexionistas.»

En 1848 escribía desde París: «Ideas sobre la incorporación de Cuba en los Estados Unidos».

Contemplando lo que Cuba es bajo el gobierno español, y lo que sería incorporada en los Estados Unidos, parece que todo cubano debiera desear ardientemente la anexión; pero este cambio tan halagüeño ofrece al realizarse grandes dificultades y peligros:

La incorporación sólo se puede conseguir de dos modos: o pacíficamente, o por la fuerza de las armas.

Pacíficamente, si verificándose un caso improbable, España regalase o vendiese aquella Isla a los Estados Unidos; en cuya eventualidad la transformación política de Cuba se haría tranquilamente, y sin ningún riesgo. Por lo que a mí toca, debo decir francamente que, a pesar de que reconozco las ventajas que Cuba alcanzaría formando parte de aquellos Estados, me quedaría en el fondo del corazón un sentimiento secreto por la pérdida de la nacionalidad cubana... La riqueza de la isla llamaría a su seno una inmigración prodigiosa, los norte-americanos dentro de poco tiempo nos superarían en número, y la anexión en último resultado sería absorción de Cuba por los Estados Unidos. No olvidemos que la raza anglo-sajona difiere mucho de la nuestra por su origen, por su lengua, su religión, sus usos y costumbres... Los norte-americanos se presentarán ante las urnas electorales y al estar en mayoría, los cubanos serán excluidos, según la misma ley, de todos o casi todos los empleos: y doloroso espectáculo es por cierto que los hijos, que lo somos verdaderos del país, se encuentren en él postergados por una raza advenediza.

Yo desearía que Cuba, no sólo fuese rica, ilustrada, moral y poderosa, sino que fuese Cuba cubana y no anglo-sajona.

La anexión por la fuerza de las armas: Pero ¿podemos los cubanos empuñarlas, sin envolver a Cuba en la más espantosa revolución? ¿Entramos solos en la lid, o auxiliados por el extranjero?

Ilusión sería figurarse que los peninsulares se adhiriesen en las actuales circunstancias al grito de los cubanos en favor de la anexión. Si los españoles deploran, y en mi sentir con razón, el triunfo de los Estados Unidos en Méjico, que ya no les pertenece, ¿cómo podrían unirse a los que vienen a despojarlos de una propiedad que tanto estiman? No hay, pues, que contar con su apoyo, ni aun con su neutralidad; y tengamos por cierto que, en cualquier tentativa armada por la nexión, los encontraremos en el campo enemigo¹.

Un Real Decreto del Ministerio de Estado de fecha 5 de mayo de 1843 establecía que en ningún caso el Gobierno español accedería

¹ Archivo Histórico Nacional, sección Ultramar, Leg. 4629, Expte. 26.

a acudir con fuerzas auxiliares a Cuba, sin una demanda previa y precisa y sin la competente autorización, cuyas instrucciones se comunicarían al Capitán General de la Isla.

Los mismos gobernantes norteamericanos participaron en la labor encaminada de separar Cuba del dominio español. En la primavera de 1847 el Vicepresidente de la República, Mr. Dallas, publicó un artículo en el cual insistía en la facilidad de abrir una comunicación que uniese el golfo mexicano con el mar Pacífico a través del istmo de Tehuantepec; sosteniendo que debía obligarse a México a vender o ceder en usufructo aquel territorio «porque así convenía para el beneficio del linaje humano», e indicando la conveniencia de asignar fondos para llevar a cabo ese proyecto, como también el de la compra de Cuba. Además, el Ministro de Holanda contó a Calderón de la Barca que en una comida había oído decir a uno de los ministros: «Agregaremos las Californias a la Unión y ahora que no está aquí el Ministro de España, a Cuba cuando nos dé la gana»².

El Sr. Calderón de la Barca, pese a las garantías ofrecidas por los Estados Unidos, denunció al Gobierno americano que se había constituido la Junta Directiva de los filibusteros, la cual expedía proclamas, emitía bonos sobre las rentas de Cuba, enganchaba gente, la ejercitaba en el manejo de las armas y la enviaba a Chagres y otros puntos para estar preparada, y al propia tiempo manifestaba que las autoridades españolas estaban también preparadas para escarmentar a los invasores, y que por humanidad pedía que se impidiese la expedición³.

El año crítico de 1848 despierta un enorme interés por la polémica anexionista. Los intentos de compra se repetirían en 1853 y en diciembre de 1857. Saco había advertido, y así lo manifestaba en sus cartas, que un funesto porvenir esperaba a la isla, si no se cambiaba de sistema, es decir, de manera y métodos de gobierno.

La reafirmación de régimen colonial descansaba en el imperio de una conducta dirigida a dar todo a los dominantes y negar todo a los dominados, sin que importase nada la presunción de que así se avanzaba hacia la destrucción de lo que precisamente se pretendía retener más por fuerza que de grado.

El capitán general Tacón hizo algo más que denunciar al gobierno metropolitano las actividades de Saco y del Club de los Habaneros desleales o de cubanos disidentes: creyó o fingió creer en la existencia de una conspiración separatista, conjura originalísima que se trama-

² Comunicaciones hechas en Despacho del Sr. Calderón de la Barca al Ministro de Estado; fecha 6 de mayo de 1847.

³ Nota del Plenipotenciario español al Secretario de Estado; fecha 18 de enero de 1850.

ba a la vez, según sus espías o confidentes, en la isla de Cuba y en su distante metrópoli, y que se conoce como la conspiración de «La Cadena Triangular y Soles de la Libertad».

Saco manifestaba que la nacionalidad cubana perecería con la incorporación de Cuba en los Estados Unidos, sea cual fuere el *modus operandi*, y que en la situación de Cuba la guerra civil, que provocaría sin duda la anexión, resultaría muy funesta para los cubanos y provechosa tan sólo para los extranjeros⁴.

En segundo lugar se plantea Saco *el sentir de los cubanos en cuanto a la anexión*. «Yo creo que incurren en un error los que se imaginan que los cubanos piensan hoy de un mismo modo un punto a la anexión. Al tratarse de una nación extranjera, y más extranjera que otras para la raza española, extraño fenómeno sería que la gente cubana de masa, rompiendo de un golpe con sus antiguas tradiciones, con la fuerza de sus hábitos y con el imperio de su religión y de su lengua, se arrojase a los brazos de la confederación norteamericana. Este fenómeno sólo podrá suceder si, persistiendo el gobierno metropolitano en su conducta tiránica contra Cuba, los hijos de esta Antilla se ven forzados a buscar en otra parte la justicia y la libertad, que tan obstinadamente se les niega... En el caso de que los cubanos hubieran sido bastante fuertes para sacudir por sí solos la dominación española, deberían constituirse en estado independiente, sin agregarse a ningún país de la tierra; así pensarían unos, pero otros estarían por la anexión; y esta divergencia de pareceres, en punto tan esencial, enconaría las pasiones de los partidos y podría ocasionar grandes conflictos.»

El Marqués de Pidal el 14 de diciembre de 1848 puso en boca del Ministro de Estado estas palabras: «Que el sentimiento del país era que antes de ver la isla de Cuba en poder de otra potencia, preferiría verla sumergida en las profundidades del Océano». Frase muy española y que reflejaba, sin duda, el sentimiento de la opinión, pero que no resolvía las dificultades que se suscitaban a diario entre las dos naciones.

En las Cortes españolas tanto los liberales como los conservadores creían que cualquier representación de Cuba iba a ser «un paso hacia la independencia», y que «todos los pasos hacia la independencia van encaminados a la exterminación y la ruina del capital y de las personas... La Isla de Cuba, si no sigue siendo española, está destinada a convertirse en negra de un modo inevitable»⁵. En con-

⁴ Pérez Cabrera y J. M. Guerra Sánchez, *Historia de la nación cubana*, vol. IV, libro segundo, cap. 1.

⁵ Vicenet Sancho, *Diario de Sesiones*, t. III (1836-1837), cit. en Tacon, *Correspondencia*, ed. Pérez de la Riva, 69.

secuencia, las Cortes se precipitaron a aprobar una ley especial para confirmar que, a partir de entonces, la Constitución no se aplicaría a Cuba y la Isla sería gobernada con «Leyes especiales».

Los «anexionistas» eran, sin duda, los hacendados cubanos más emprendedores y más realistas. Durante una generación, los cubanos inteligentes habían ido enviando a sus hijos a las escuelas o universidades norteamericanas, y los francmasones cubanos tenían conexiones oficiales con los de Estados Unidos. Si Cuba hubiera entrado en la Unión en 1845-50, más adelante se habría alineado con los Estados esclavistas y la Confederación. Esto podía haber tenido considerables y penosas consecuencias en la guerra civil.

En 1845 John O'Sullivan, de la camarilla anexionista, inventó la expresión «destino manifiesto», para describir lo que esperaban los Estados Unidos, es decir, la inevitable absorción de sus vecinos gracias a las cualidades superiores de los anglosajones como tales y sus instituciones democráticas⁶.

O'Sullivan y sus amigos del Club de la Habana lanzaron una campaña para que los Estados Unidos comprasen Cuba, como había sugerido el cónsul Trist (comisario norteamericano en México que había cesado como cónsul general en La Habana tras verse implicado en los escándalos esclavistas). O'Sullivan escribió al secretario de Estado, James Buchanan, diciéndole que muchos cubanos ricos preferían ingresar en la Unión a ser independientes y que estaban dispuestos a contribuir ampliamente a todo cuanto se encaminase a la compra de Cuba por los Estados Unidos.

Los anexionistas cubanos publicaron una proclama: planteando que la prosperidad futura de Cuba quedaría garantizada uniéndose a los Estados Unidos, cuyos intereses del sur se identificarían con los suyos.

El 18 de mayo de 1848 el cónsul de los Estados Unidos en La Habana, general Robert Campbell, escribió al secretario de Estado, Buchanan, que «cierto general español» (Narciso López) estaba a punto de iniciar una revuelta. Si tenía éxito inmediatamente se haría la solicitud de anexión a los Estados Unidos.

El 30 de mayo de 1848 el presidente Polk propuso a su Gobierno la compra de Cuba. El secretario de Estado, Buchanan, siempre cauteloso, dio una aprobación general pero bastante vaga⁷.

⁶ J. W. Pratt, «Origins of Manifest Destiny», *American Historical Review*, XXXII, julio 1927, en donde se dice que O'Sullivan fue quien inventó la expresión en el *Morning News*, julio 1845.

⁷ Polk, *Diary*, III, 469; cfr. William E. Dodd, Robert James Walker, *Imperialist* (Chicago, 1913).

En consecuencia Buchanan dio instrucciones al embajador norteamericano en Madrid Romulus M. Sanders, para que entablaran negociaciones con el Gobierno español: El presidente estaba dispuesto a pagar 100 millones de dólares⁸. Por supuesto, el precio ofrecido era irrisorio; sólo de impuestos, España percibía 10 millones de dólares anuales. Este fue un golpe muy serio para el presidente Polk y los demócratas. Dos semanas después, su candidato el senador Cass, era derrotado en la elección presidencial, y el general Zachary Taylor, el vencedor de la guerra mexicana, se convirtió en presidente en marzo de 1849.

Los intentos anexionistas de Narciso López fueron disueltos. Estaba ligado con los políticos sudistas más extremistas, especialmente con el truculento gobernador Quitman, de Mississippi. La francmasonería representaba un fuerte vínculo entre López, Quitman y otros de Cuba y Louisiana. Por fin López y 160 hombres más fueron apresados. Previo un juicio por traición le aplicaron públicamente garrote vil. Para algunos cubanos, como el eminente profesor Portell Vilá, fue un héroe y un mártir de la libertad cubana; pero en realidad fue un agente sudista de la anexión. Aún más curioso: la bandera cubana, desde el día de la independencia, en 1902, hasta la actualidad, es la que diseñó Narciso López: una sola estrella blanca sobre fondo rojo cruzado por rayas azules, indicación visual de la aspiración de Cuba de integrarse en la Unión.

Moderadas innovaciones habrían bastado para satisfacer los anhelos de los cubanos:

- a) Creación en Madrid de un Ministerio especial de Ultramar.
- b) Formación en la Isla de un órgano legal de comunicación entre España y Cuba, capaz de representar los intereses bien entendidos de la metrópoli y la colonia.
- c) Otorgamiento de alguna latitud a la prensa.
- d) Adopción de medidas eficaces para la cesación completa del comercio de esclavos procedentes de Africa.
- e) Autorización para el establecimiento de sociedades consagradas al fomento de la colonización blanca en la Isla.
- f) Modificación del sistema tributario.

El plan de los anexionistas habaneros, varones acaudalados e intelectuales de prestigio, y no gente de guerra, tendía a evitar, por encima de todo, una revolución o acaso una guerra civil larga y san-

⁸ Polk, *Diary*, III, 468-93; Buchanan A. Sanders, 17 de julio de 1848; *House Doc*, 121, 42-9.

griente, que hubiera conducido, sin que fuera imposible remediarlo, a la destrucción de la riqueza y a la rebelión de los esclavos.

De los escritos de Saco se deriva otra grave dificultad: *el enfrentamiento norteamericano entre los Estados Norte-Sur*: «En la confederación americana, los estados del Norte, justamente alarmados de la preponderancia que van adquiriendo los del Sur, están resueltos a combatir la agregación a la república de nuevos estados de esclavos; y la reciente determinación que se acaba de tomar, prohibiendo la esclavitud en el Oregón, es un anuncio de los obstáculos que encontraría la incorporación de Cuba, pues no hay duda que con ella se rompería de una vez el equilibrio entre el Septentrión y el Mediodía. Encarnizada sería la contienda entre partidos tan opuestos quedando Cuba entre tanto entregada a la más terrible incertidumbre, y espuesta a los embates de los elementos internos y externos que podrían conjurarse contra ella.»

La prensa norteamericana hacía una violenta campaña contra los intereses españoles. El periódico *La Aurora*, redactado en español y en inglés, tenía una clara tendencia de separación de Cuba del dominio español. La campaña antiespañola encontraba eco en el país y contaba con simpatías en los elementos directivos de la Unión.

Para algunos corifeos del partido democrático se habían empeñado en que su enseña fuese la adquisición de Cuba con el pretexto de evitar que cayese en poder de Inglaterra. Esta fue idea fundamental de discusión en la prensa norteamericana. La situación no dejaba de causar inquietudes al Gobierno español. Era indudable que se conspiraba dentro y fuera de Cuba.

Cuando el presidente James K. Polk preparó su candidatura no se mostró jamás escrupuloso en el uso de cualquier medio para asegurar su elección, declarándose en favor de la ocupación inmediata de Oregón y por la anexión de Texas. Estaba clara la política norteamericana de expansión, utilizando argucias como el problema de fronteras para suscitar un derecho de conquista sobre California. Los poseedores de esclavos habían puesto sus ojos sobre el vasto y fértil sudoeste y habían codiciado su posesión. Los mexicanos fueron arrojados del país y los colonos americanos escogieron a John C. Frémont como gobernador de la provincia; todo esto con anterioridad al inicio de la guerra entre los Estados Unidos y México. De esta forma, la inmensa región que se extiende desde las montañas Rocosas hasta el mar, y que el presidente había mirado con ojos codiciosos, cayó en sus manos como fruta madura casi sin efusión de sangre⁹.

⁹ Ballesteros, A., *Historia de América*, tomo XXVII, p. 357.

Tras la guerra con México, el sur tenía derecho de prioridad, ya que era el que había movido el país a la guerra, con el fin principal de extender los territorios esclavistas. Por otro lado, también el norte tenía el derecho de hacer prevalecer su punto de vista, puesto que el país conquistado había sido ya destinado por México a ser libre. Una gran mayoría de ciudadanos habitantes del norte se oponían a la extensión de los territorios esclavistas.

El tratado de paz firmado en Guadalupe-Hidalgo, 2 de febrero de 1848, transfería a los Estados Unidos el territorio que ha venido a constituir después los Estados de California, Nevada, Utah, parte del Colorado y la mayor parte de Nuevo México y de Arizona. La noticia del oro en California comenzó a extenderse y en el verano de 1849 una imponente inundación humana se dirigió hacia el valle del Sacramento.

Al contraste entre este y oeste se yuxtapone la tensión entre norte y sur, entre Estados industriales y Estados latifundistas, entre los *yankees* demócratas y los plantadores aristocráticos, entre el sistema de trabajo asalariado y el sistema esclavista. El norte apela a los Derechos del Hombre y pide la abolición de la esclavitud; el sur se niega por temor a perder su monopolio mundial del algodón.

Al ser elegido presidente Zachary Taylor, el sur quiso depositar en él sus esperanzas. En California ya se habían suscitado problemas entre la población esclava y blanca, dándose una Constitución para su Estado, excluyendo por un voto unánime la esclavitud de aquel territorio. Taylor declaró que no quería ser un presidente de miras cantonales ni tampoco entregado a un solo partido. Quedaron resueltas todas las dudas cuando el presidente probó, en efecto, que su patriotismo era superior a todo sentimiento personal, recomendando que fuera admitida en la Unión el Estado de California en calidad de libre.

California deseaba ser admitida como Estado libre, y el sur pedía que fuera dividida en dos. El año 1850 fue memorable en la historia americana. La mayoría de los Estados esclavistas parecían dispuestos a tomar parte en aquella decisión fatal. Si la secesión se hubiese producido en aquel momento, la Unión hubiera sido disuelta sin duda alguna. Jackson descansaba ya en su tumba y Lincoln era todavía desconocido.

Las simpatías de Taylor estaban, evidentemente, con los *whigs* del norte, pero Taylor no tuvo tiempo de hacer prevalecer sus opiniones.

El día 9 de julio de 1850 moría este presidente, el partido *whig* perdía a su candidato por defunción. Los ultras del sur recibieron la noticia de aquella muerte sin sentimiento, mientras en el norte el duelo era sincero, hecho verdaderamente extraño, porque el presi-

dente en su origen era un hombre del sur, mientras que el que iba a ocupar su puesto procedía del norte. Pero el primero tenía miras amplias y nacionales, en tanto que el otro era «un hombre del norte con principios propios del sur», Millard Fillmore.

Estaba claro el ideal expansionista del sur. Incluso hacia 1850 algunos sureños llegaron a anhelar un inmenso imperio militar del Caribe basado en la esclavitud y cuya riqueza proviniera del azúcar y del algodón.

La mayoría de los más destacados ideólogos del sur querían ampliar su territorio para conservar su civilización, ésta es quizá la mejor prueba del deseo expansionista, donde la crisis que llevó a la guerra civil americana.

El presidente Taylor había hecho llegar al Gabinete de Madrid sus propósitos de no continuar las negociaciones iniciadas por Polk sobre la compra de Cuba, y su criterio favorable al mantenimiento de la soberanía española en nuestro país dictó su famosa proclama de 11 de agosto de 1849, advirtiendo a los ciudadanos de los Estados Unidos que estuviesen asociados en empresas de agresión contra los territorios de las naciones amigas, en abierta infracción de las leyes y de las obligaciones impuestas por los tratados, que quedarían por ello sujetos a severas penas, perdiendo a la vez todo derecho a la protección y ayuda de la República, sean cuales fueren los extremos a que se vieran reducidos.

La recia oposición de los Estados del norte de la gran confederación americana no se resignarían fácilmente a permitir que la incorporación de Cuba quebrase en su perjuicio el equilibrio existente entre las fuerzas esclavistas y las antiesclavistas dentro de la Unión.

De la *incorporación de Cuba en los Estados Unidos* se derivarían unas consecuencias que afectarían a las relaciones pacíficas entre ellos y España: si resultase que los Estados Unidos no quisiesen recibirnos como miembros de su gran familia, ¿qué sería entonces de Cuba cuando, en el concepto de los mismos anexionitas, ella no puede existir por sí sola?

Pero te engañas, me dirán; los Estados Unidos nos protegen y con su auxilio triunfaremos. La nueva fórmula con que ahora se presenta la cuestión, lejos de inspirarme confianza, aumenta mis temores...; toda su protección consistirá en la tolerancia de ciertos actos que, aunque reprobados por el derecho de gentes, no comprometan la paz entre ellos y España.

Al ser yo conspirador por la anexión, exigiría al Gobierno de los Estados Unidos que, si realmente la desea, ya que Cuba por sí sola no puede conseguirla, empezase por preparar una escuadra y un ejército de veinticinco o treinta mil hombres; y que el primer acto de sublevación de guerra contra España fuese la invasión de Cuba. Este golpe atrevido,

aunque, en mi concepto, arruinaría a la Isla, tendría al menos el mérito de la franqueza y del valor.

¿Cuáles serían las consecuencias de esta invasión? Mucho se engañan los que piensan que el Gobierno español se dejaría arrebatar la importantísima Isla de Cuba sin una defensa desesperada.

El ministro de Estado, Sr. Martínez de la Rosa, había tratado de inculcar en el Gobierno español la idea de que «el espíritu invasor de los EE.UU. no conoce coto ni límite; que su tendencia irresistible le lleva a procurar desterrar de todo el continente americano el poder y el influjo europeo; que mira con particular aversión todo cuanto tiene relación con Gran Bretaña y que la única barrera que puede contener los gigantescos planes de tan inquieta República es el poder y el influjo de España por los apoyos naturales que necesariamente le prestan los restos de su dominación por el transcurso de tres siglos»¹⁰.

Según el Plenipotenciario de España en México, a los pocos días de ser proclamado presidente de la Unión Mr. Polk, comisionó a dos sujetos para que, con el pretexto de negocios mercantiles, pasasen a la gran Antilla e indagasen hasta qué punto estaban dispuestos los cubanos a su agregación a los Estados Unidos¹¹.

Ante la política de los Estados Unidos se había producido en el propio país una agitación contraria a España y favorable a un levantamiento de Cuba, agitación en la que no sólo tomó parte la prensa, publicando artículos en los cuales se excitaba a los cubanos a la rebelión, sino que penetró en las Cámaras y fue secundada por los mismos elementos oficiales que debían dar ejemplo de respeto a los derechos de una potencia amiga.

Saco no cree en la sinceridad de la ayuda norteamericana y así se lo quiere infundir a los cubanos.

Plan político de los Estados Unidos en cuanto a América septentrional y sus consecuencias en la relación con otras potencias: «Bulle en muchas cabezas norteamericanas el pensamiento de apoderarse de todas las regiones septentrionales de América, hasta el istmo de Panamá. La invasión de Cuba por los Estados Unidos descubriría en ellos una ambición tan desenfrenada, que alarmaría a las naciones poseedoras de colonias en aquella parte del mundo. Yo no sé si todas ellas, sintiéndose amenazadas, harían causa común con España; pero Inglaterra, que es cabalmente la que más tiene que perder, miraría como una fatalidad que Cuba cayese

¹⁰ Despacho del Plenipotenciario de España en Londres al Ministro de Estado, fecha 8 de noviembre de 1845.

¹¹ Comunicación del Plenipotenciario en México al Ministro de Estado y al Capitán General de Cuba, fecha 25 de agosto de 1846.

en todo su vigor y lozanía bajo el poder de los Estados Unidos. Inglaterra se mezclaría en la contienda, reuniría en torno suyo a los peninsulares, porque defendería los intereses de España, y a todos los individuos de raza africana, porque éstos saben que ella hace a los esclavos libres, y a los libres ciudadanos, mientras los Estados Unidos mantienen a los suyos en dura esclavitud.»

En un despacho del Sr. Argaiz al ministro de Estado decía que uno de los objetivos principales que se había propuesto era el de hacer conocer al Gobierno Británico que al menor movimiento hostil que intentase contra la Gran Antilla tendría que correr los azares de una guerra con los Estados Unidos, y añadía que Mr. Upshur le había manifestado que creía, dadas las circunstancias, que se encontraba Cuba, que sería muy conveniente una alianza entre España, Francia y los Estados Unidos para contrarrestar las maquinaciones de Gran Bretaña.

Por medio del secretario de Estado de la Unión se hacía saber a Inglaterra que de ningún modo permitiría la República norteamericana la intervención inglesa en Cuba, y que rechazaría con la fuerza, si necesario era, cualquier movimiento encaminado a separar la isla del dominio español, y añadió que el primer cuidado de España debía consistir en contrarrestar estos planes.

«Aconsejo a Vd. por tanto —dijo—, que haga entender a la población blanca y a las autoridades de Cuba que si algún individuo se hiciera culpable de un atentado semejante al del ex cónsul inglés Mr. Turnbull (acusado de favorecer una rebelión), y se probase su delito, debe inmediatamente quitársele la vida; y si las autoridades, como en el caso de Turnbull, intervienen a su favor, el pueblo puede tomarse la justicia por su mano, ahorcándolo en el primer ingenio que se encuentre, y que reclamen después los que lo comisionaron, y veremos quién asume la responsabilidad de sus actos»¹².

El plenipotenciario español en Londres, Sr. Duque de Sotomayor, conferenció con el ministro de Negocios Extranjeros de S. M. Británica y con respecto a las Antillas españolas, le contestó Lord Aberdeen: «que la política de Inglaterra sería siempre que la posesión de Cuba y Puerto Rico perteneciese a España... que se opondría abiertamente a toda invasión de parte de los americanos... que haría Inglaterra lo que tuviese a su alcance para evitar todo proyecto de emancipación o independencia de aquellas colonias»¹³. Bien convencido de

¹² Despacho del Sr. Argaiz al Ministro de Estado, fecha 9 de octubre de 1843.

¹³ Despacho del Plenipotenciario de España en Londres al Ministro de Estado, fecha 8 de noviembre de 1845.

que esto sólo sería el primer paso que conduciría a la incorporación con los Estados Unidos.

Problemas de una revolución en Cuba, la cuestión de la esclavitud:
«No hay país sobre la tierra donde un movimiento revolucionario sea más peligroso que en Cuba. En otras partes, aun con sólo la probabilidad de triunfar, se pueden correr los azares de una revolución, pues por grandes que sean los padecimientos, siempre queda el mismo pueblo; pero en Cuba, donde no hay otra alternativa que la vida o la muerte, nunca debe intentarse una revolución sino cuando su triunfo sea tan cierto como una demostración matemática. En nuestras actuales circunstancias, la revolución política va necesariamente acompañada de una revolución social, y la revolución social es la ruina completa de la razón cubana. Sin duda que los oprimidos hijos de aquel suelo tienen muchos agravios que reclamar contra la tiranía metropolitana; pero, por numerosos y graves que sean, los hombres previsores jamás deben provocar un levantamiento que, antes de mejorar nuestra condición, nos hundiría en las más espantosas calamidades. El patriotismo debe consistir, en Cuba, no en desear imposibles ni en precipitar el país en una revolución prematura, sino en sufrir con resignación y grandeza de ánimo los ultrajes de la fortuna.

¿Se buscará la incorporación con Estados Unidos, por temor de que España, en sus revueltas intestinas, mande libertar los esclavos?... España sabe que los millones de pesos fuertes y los demás provechos que saca nualmente de Cuba son producto del trabajo de los esclavos.

Aun en el supuesto caso de que España integrase Cuba en las Antillas Británicas, los Estados Unidos se opondrían a que pasase a sus manos una Isla que no sólo domina todas las aguas del Golfo Mexicano, sino de las costas orientales de aquella República. La esclavitud misma de Cuba daría a Inglaterra algunos embarazos para su adquisición, porque en el acto que la poseyera habría de proclamar la libertad, ora indemnizando a los amos el valor de los esclavos, ora sin indemnizarlos. Tranquileémonos y no temamos en vernos convertidos en súbditos ingleses.

¿Harán los cubanos la anexión para libertar sus esclavos? Esto encendería en su patria una guerra asoladora sin ponerse de acuerdo previamente con su metrópoli.

Saco considera un mal el sustituir la introducción de esclavos africanos por los de Estados Unidos.

Nadie me negará que es muy posible una guerra entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña. Crece esta posibilidad si en las próximas elecciones para la presidencia de la República llega a subir al poder el General Cass.

La raya que separa los Estados del Norte de los del Sur va ahondándose de día en día. La cuestión de la esclavitud se está hoy debatiendo con vehemencia. Si Cuba formase hoy parte de la República, estaría incomparablemente más inquieta que en el presente. Cuba arrastrada por

la necesidad de conservar sus esclavos, seguiría la suerte de la nueva nación que se formaría en el Sur.

No se me tache de abolicionista, porque no lo soy: Yo no soy más que un mensajero del tiempo, un mensajero pacífico del siglo XIX, que es el único abolicionista.

Muchos dirán que estoy abogando indirectamente por la independencia; a no ser por los esclavos, hace mucho tiempo que los cubanos la habrían proclamado. Así lo creó el Gobierno, y por eso ha escogido como piedra angular de su política en Cuba la esclavitud de los negros y el tráfico de ellos, que tan criminalmente ha protegido.

Si hay algún interés que pueda reunir los peninsulares a los cubanos para hacer la independencia, este interés es la esclavitud.

Si aquella Isla se pierde por un levantamiento de los esclavos, o por una revolución anexionista, el Gobierno español será el único responsable de cuantas desgracias puedan acaecer. A mí no me consta si en Cuba ha habido conspiración o conspiradores en favor de la anexión: lo que sí me consta es que reina en todos los cubanos un profundo descontento y un vehemente deseo de salir de la esclavitud política en que se halla.»

El año 1847 está lleno de noticias de conspiraciones contra la soberanía de España en Cuba, en las que andaban mezclados norteamericanos e ingleses. El entusiasmo abolicionista de los súbditos de la Reina Victoria tomaba el equivocado camino de excitar a la gente de color contra España, aún a riesgo de hacer de Cuba un nuevo Santo Domingo.

El Gobierno de la Unión exageró siempre la gravedad del rompimiento de relaciones entre España e Inglaterra¹⁴, y creía en la posibilidad de un golpe de mano de la escuadra inglesa sobre Cuba. Estimó llegada la oportunidad de intentar la realización del plan que meditaba para adquirir la Gran Antilla, y al efecto, el secretario de Estado, Mr. Buchanan, fue cuando envió instrucciones al ministro americano en Madrid¹⁵ para que, con toda reserva, entablase negociaciones verbales con el Gobierno español y les ofreciese una cantidad de dinero.

Si nos situamos en La Habana del siglo XIX, nos encontramos con una ciudad con todas las características españolas: Se invertía mucho dinero en el extranjero, existían diversiones y una clase social alta, pero había un miedo permanente a una revolución esclava.

¹⁴ La injerencia en las cuestiones políticas interiores del Ministro inglés en Madrid, Lytton Bulwer, hicieron que el Gobierno le entregase los pasaportes; y aunque le dieron al Gabinete británico toda clase de explicaciones, Lord Palmerston rompió las relaciones con España.

¹⁵ Mr. Romulus Saunders reemplazó a Mr. Washington Irving en 1846, presentando sus credenciales el 31 de julio, y desempeñó el cargo hasta el 26 de septiembre de 1846.

El siglo XIX asistió a una identificación de la Iglesia con la esclavitud. En los templos se anunciaba que los esclavos serían vendidos «el próximo domingo durante la celebración de la misa, delante de las puertas de la iglesia». Los sacerdotes no tenían mucha costumbre de visitar las plantaciones, aunque el Código de 1789 y el de 1842 indicaban que los esclavos debían ser instruidos en el cristianismo. En general bajo ninguna circunstancia los sacerdotes entraban en los barracones de los esclavos.

Los mercaderes de La Habana, unos veinte aproximadamente, consiguieron desplazar casi de modo absoluto a los extranjeros en el tráfico de esclavos. A causa de la interferencia internacional de los ingleses, los barcos se hacían a la mar bajo diversas banderas. La gran importancia de los intereses económicos implicados en la esclavitud explica por qué los esfuerzos de los ingleses fueron derrotados por los plantadores, ayudados por los traficantes y los funcionarios. La costa cubana es muy larga y las posibilidades de fraude ilimitadas. Era necesario hacer una separación entre tráfico legal e ilegal. Fue la falta de voluntad por parte española, no la falta de información, lo que impidió que la trata pudiera ser extinguida totalmente.

Los capitanes generales trataban de enriquecerse, las cartas que escribían a los comisarios y cónsules ingleses, no dándose por enterados del tráfico de esclavos, son obras maestras en el arte del disimulo.

Los esclavos entraban a raudales por todos los puntos de la costa, sin hacer caso de la armada inglesa. El comercio de la isla con los Estados Unidos era cada vez más intenso. Esta evolución no molestaba en absoluto al Gobierno español, que, arruinado e incapaz de conseguir préstamos, veía en ella un medio de aumentar sus rentas.

A partir de 1820, año en que España había proclamado a bombo y platillo la abolición del tráfico de esclavos, pronto quedó claro que, de hecho, este tráfico continuaba tan fuerte como siempre, por lo menos, y que, en realidad, incluso había aumentado.

David Turnbull, cónsul inglés en Cuba, había trabajado en pro de la Sociedad Antiesclavista inglesa y había publicado un libro sobre sus viajes a Cuba, en el que criticaba muy duramente al Gobierno español¹⁶.

Se observa pues una tirantez en la postura abolicionista entre Inglaterra y España. Una serie de cónsules y agentes norteamericanos aseguraron a los cubanos que los Estados Unidos protegerían el *statu quo* de La Habana contra los ingleses.

¹⁶ David Turnbull, *Travels in the west*, ed. 1840.

Algunos capitanes generales, como Leopoldo O'Donnell (1844), creían que la prohibición del tráfico de esclavos no sólo arruinaría la economía cubana, sino que provocaría que los criollos trataran de acabar con el dominio español, dado que, siendo más que los negros, no necesitarían al ejército español¹⁷.

Los hacendados cubanos, aún los más ilustrados, aterrados ante el abolicionismo, estaban ahora dispuestos a hacer intervenir a los Estados Unidos en la lucha para su propia conservación.

Por otra parte, el Gobierno de los Estados Unidos también temía que los ingleses fueran a imponer la abolición en Texas¹⁸.

Washington Irving, el embajador norteamericano en Madrid, recibió la orden de averiguar todos los pasos que dieran los ingleses respecto a Cuba¹⁹.

Cuando el senador Lewis Cass de cara a las elecciones propuso la compra de Cuba ya lo hizo con vistas a la candidatura demócrata que consiguió. Justificaba la idea de la anexión declarando que Inglaterra «trataba de emancipar los esclavos de Cuba y de atacar a la parte sur de esta confederación en sus instituciones internas».

Quizá una de las pocas actitudes favorables de un capitán general, fue la de Federico Roncali, Conde de Alcoy, el más inteligente de los capitanes generales que tuvo Cuba. El 29 de septiembre de 1848, escribió a su Gobierno diciendo con toda seriedad que, después de todo: «la emancipación de los esclavos podría ser el único medio de evitar que los anexionistas se hagan con la isla... esta arma terrible podría evitar la pérdida de la isla». Roncali tuvo también dificultades para actuar, debido a la actividad cada vez mayor de Parejo, el agente de la Reina Madre española en cuanto a la cuestión de los esclavos.

Es evidente que los procedimientos coercitivos del despotismo militar en la isla aumentaron el desasosiego y la rebeldía de los cubanos. Ya desde comienzos del siglo XIX se había producido el destierro de muchos patriotas como fue el de José Antonio Saco por el capitán general Tacón.

La primavera de 1848 resultó auténticamente conflictiva en cuanto a las relaciones diplomáticas, debido entre otras cosas a los problemas derivados de la esclavitud. Muchos temieron la inminencia de un conflicto bélico anglo-español y la posibilidad de un ataque enemigo a las colonias españolas de América: Cuba y Puerto Rico. Por otra parte, la abolición de la esclavitud en las colonias francesas de las Antillas decretada por el Gobierno provisional establecido en

¹⁷ O'Donnell al Ministro español de Asuntos Exteriores, julio 1846; citado en A. F. Corwin, *Spain and the abolition of slavery in Cuba*, 1968.

¹⁸ A. Ettinger, *The Mission to Spain of Pierce Soule*, 1853-1855.

¹⁹ Instrucciones del Departamento de Estado, 9 de enero de 1844.

París después de la caída de la monarquía de julio, hizo pensar también en una próxima revolución peninsular fomentada desde Francia.

Los anexionistas habaneros incluso habían pretendido un jefe militar norteamericano para que invadiera la isla y cortara los lazos que nos unían con España; el general William Jenkins Worth. Fue en este momento cuando John O'Sullivan, entusiasta anexionista, se entrevistaba con el presidente Polk en compañía del senador Douglas, de Illinois, para someter a su consideración el nuevo plan de compra de la isla a la Monarquía española. La solicitud fue hecha, pese a las objeciones que Buchanan, ministro de Estado, pudiera hacer.

Para Saco un levantamiento de esclavos o una revolución anexionista no tendría como responsable sino el Gobierno peninsular.

Problemas del Gobierno español en Cuba: «Se hace imperiosa una reforma política. Americanos isleños y continentales han sentido en todos tiempos el cruel azote de su metrópoli; pero mientras ésta no tenía instituciones liberales, cabía en la apariencia la disculpa de que los españoles corrían igual suerte en todas las españas. Mas hoy, ¿qué excusa podrá alegar el Gobierno en justificación de la bastarda política que sigue en Cuba?

En la Constitución promulgada de 1837 se ofreció gobernar a Cuba por leyes especiales. Nada exagero al afirmar que menos oprimidos vivían los cubanos bajo el cetro absoluto de los monarcas de Castilla que en los días constitucionales de la Reina Isabel II. El talento y la instrucción, la honradez y el patriotismo, prendas tan estimadas en otros países, son en Cuba un crimen imperdonable. Yo he observado en América y Europa que los criollos de las colonias de Francia y de Inglaterra se glorian en llevar los dictados de ingleses y franceses, y a mucha honra tienen el identificarse con sus progenitores de sus respectivas metrópolis. ¿Por qué, pues, no sucede lo mismo a los cubanos?

Lástima da oír los motivos que se alegan para gobernar a Cuba despóticamente. Afirman, en primer lugar, que la libertad concedida a las colonias del continente por la Constitución de 1812 fue el origen de la independencia.

La independencia de aquella Isla es un acontecimiento muy improbable, y tanto más improbable cuanto más justo y templado sea el Gobierno que la dirija. Tome España lecciones de los pueblos que están más adelantados que ella. Vea cómo ni Inglaterra ni Francia han temido conceder derechos políticos a sus colonos. Las colonias inglesas, teniendo una población de color que comparada con los blancos es muchísimo más numerosa que la de Cuba y Puerto Rico, gozan sin embargo de las ventajas de un gobierno liberal.

España, oprimiendo sus colonias, ha perdido un continente. Si en el mundo hay alguna colonia que no tenga simpatías con su metrópoli, Cuba es esa colonia. Créame el Gobierno, porque soy cubano y porque además

de ser cubano sé cómo piensa mi país. Tiempo es todavía de ganarse el corazón de aquellos moradores; pero esto no se consigue con bayonetas, proscripciones ni patíbulos. Comience una nueva era y para todos... y fórmese una legislatura colonial para que ellos tomen parte en los negocios de su patria. La palabra anexión empieza a repetirse en Cuba; el extraordinario engrandecimiento de los Estados Unidos y la plácida libertad de que gozan, son imán poderoso a los ojos de un pueblo esclavizado; y si España no quiere que los cubanos fijen la vista en las refulgentes estrellas de la constelación norteamericana, dé pruebas de entendedida, haciendo brillar sobre Cuba el sol de la libertad.»

La soberanía española se veía constantemente atacada, los trabajos de los filibusteros continuaron ininterrumpidamente durante todo el siglo XIX, trabajos que imponían al ministro de España en Washington una incesante vigilancia y le obligaban a formular sinceras denuncias al Gobierno americano.

Aunque los años que van de 1849 a 1853 son más de distensión en cuanto a las intenciones de Estados Unidos sobre los intentos de compra de Cuba, no por esto deja de estar latente en el ánimo norteamericano la idea de la anexión. Los intentos de compra de la isla se repetirán en 1853 y 1857 y quizá fuera el aliento que más tarde sembraría la provocación de los comienzos revolucionarios de 1868 en Cuba.

De una u otra manera se seguía conspirando y así lo prueban varios despachos enviados durante 1849: En una conferencia celebrada el 29 de mayo de 1849 el Sr. Calderón de la Barca y el nuevo secretario de Estado aseguró este último que su predecesor, Mr. Buchanan, había enviado a Madrid al ministro Saunders para tratar la venta de Cuba, pero que él mandaba a Mr. Barringer²⁰, para expresar y asegurar al Gabinete de la Reina su deseo de que Cuba continuase siendo española.

Inglaterra había sugerido a España que la mejor manera de asegurarse el control de Cuba era instituir las reformas que hicieran que la isla perdiera su atractivo para los Estados del sur de los Estados Unidos.

La crítica situación de Cuba no consentía ni guerra ni conspiraciones de ningún género, y era preciso sufrir con resignación el azote de España, para legar a las generaciones futuras, si no un país de libertad, a lo menos un país tranquilo y de porvenir, así lo expresaba Saco. Había que extirpar el infame y bochornoso contrabando de esclavos, raíz de todos los males que aquejaban a Cuba.

²⁰ Mr. Daniel M. Barringer presentó sus credenciales el 24 de octubre de 1849 y desempeñó su cargo el 4 de septiembre de 1853.

Saco instaba a España para que ensayase todavía a tiempo un nuevo modo de gobierno, otorgándoles derechos políticos y que existiera una legislatura colonial en la que los propios cubanos pudieran tomar parte. Pero como pronosticó Saco, si esto no se hace, día llegará en que estalle una revolución que, sea cual fuere su resultado para Cuba, para España siempre será funesto.

Los deseos de Saco son que Cuba, dependiente de España, sea libre y no esclava como lo es. De continuar así, España tendrá que prepararse a perder su colonia, pues siendo los Estados Unidos mucho más fuertes, y encontrándose además a las puertas de Cuba, el resultado de la agitación anexionista no será otro que el provecho para los extranjeros.

El escrito de José Antonio Saco que acabo de glosar levantó una gran polvareda y ello lo confirma un despacho del Capitán General Federico Roncali, Conde de Alcoy, al secretario de Estado en España fechado el 9 de marzo de 1849²¹: La idea de la anexión de Cuba a los Estados Unidos puede promover motivos de descontento para los naturales de la isla con relación al Gobierno de S. M. El Conde de Alcoy expresaba que había intentado evitar la circulación de dicho escrito por considerarlo poco favorable a la causa nacional. Por otra parte, instaba al Gobierno de la Monarquía española para que tuviera precauciones por la posible publicación de «la historia, vida y milagros» de los capitanes generales, intendentes y demás funcionarios de aquellos dominios.

Conclusión

Como hemos podido ver, la política isabelina descuida sus territorios de ultramar. La idea de discontinuidad que preside todo este período evitará ver con claridad soluciones posibles para una política reformista acorde con los momentos que ya está viviendo Europa. Subsiste la sensación de alejamiento, de automarginación de estas colonias dentro de la política exterior de España. Si nos paramos a consultar detenidamente los Diarios de Sesiones de esta época, pocas son las alusiones que sobre Cuba, Filipinas o Puerto Rico podamos encontrar en ellos; en cualquier caso no son sino meras cuestiones relacionadas con el comercio y raramente con el reformismo político. Únicamente se menciona la posibilidad de unas «leyes especiales» para Cuba.

²¹ Archivo Histórico Nacional, sección Ultramar, Leg. 4629, expte. 26.

Es evidente que la pretendida política de neutralidad que en estos momentos lleva España le acarrea problemas de apartamiento con respecto a otras potencias. Nada más expresivo quizá que incluir las palabras que Juan Donoso Cortés expresa en su «Discurso acerca de las relaciones de España con otras potencias», 4 de marzo de 1847: «En cuanto a España, señores, decaída de su antiguo esplendor, relegada a los últimos límites del Occidente, sin escuadras que recorran los mares, sin ejércitos que recorran las tierras, está como apartada del mundo, fuera de aquel gran torbellino que arrebató a las naciones. España no está en contacto sino con los imperios poderosos: El Imperio francés o el Imperio británico.»

Las intervenciones de España en el Caribe son un mero compromiso para mantener el equilibrio antillano respaldado por Francia y Gran Bretaña frente al expansionismo norteamericano.

Por último, no olvidemos que España se debate en estos momentos entre dos tendencias claramente opuestas: la de los progresistas, cuyos objetivos estarán encaminados al fomento de las relaciones comerciales, y la de los moderados y unionistas mucho más partidarios de mantener una fuerte escuadra que volviera a dar a España su antiguo poderío como metrópoli.

Los proyectos de cesión o de venta de territorios coloniales responden sobre todo a la necesidad imperiosa de ayuda militar y de lograr una garantía que permitiera conseguir empréstitos.

Hasta 1868, dejando a un lado las actitudes de los grupos anexionistas cubanos, la actitud española se mantuvo firme, sin que apenas encontremos voces que se atrevan a defender las ventajas de la venta.

Quizá la actitud abandonista de España estaba fundada en la reflexión realista de que España no podía permitirse el coste económico y humano de una guerra colonial.